

La indignidad del Estado terrorista argentino*

Oswaldo L. Delgado¹

Resumen

Este trabajo apunta a dar cuenta del fundamento pulsional del terrorismo de estado. Aborda específicamente el ejemplo argentino, sin dejar de tener en cuenta otras experiencias genocidas. Tomo la emergencia de la risa del capitalista, en el preciso momento de la apropiación de la plusvalía, como la expresión de una satisfacción particular, que en su momento Lacan designó como plus de gozar. “Lo previó”, da cuenta de la subjetividad de tal o cual capitalista, de un deseo y cálculo de goce anticipado a la lógica económica de las fuerzas productivas.

Tomando como referencia el texto de Marx sobre la plusvalía, voy a a desarrollar el fundamento pulsional del terrorismo de estado.

Se trata de una aseveración que Marx presenta en el capítulo VII del texto citado, que dice así: “nuestro capitalista lo previó, y es eso lo que le provoca risa”. Tomo la emergencia de la risa del capitalista, en el preciso momento de la apropiación de la plusvalía, como la expresión de una satisfacción particular, que en su momento Lacan designó como plus de gozar. “Lo previó”, expresa un deseo y cálculo de goce anticipado a la lógica económica de las fuerzas productivas.

¹ Oswaldo L. Delgado es Doctor en Psicología por la Universidad de Buenos Aires. Analista Miembro de la Escuela de Orientación Lacaniana y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis. En la Universidad de Buenos Aires es Consejero Superior por el Claustro de Profesores. En la Facultad de Psicología de la UBA es Profesor Regular Titular de la Cátedra I de Psicoanálisis: Freud; Profesor a cargo de las Materias: Construcción de los Conceptos Psicoanalíticos y de la cátedra II de Escuela Francesa. Miembro de la Comisión de la Maestría en Psicoanálisis y miembro del Comité de Ética. En la Facultad de Filosofía y letras de la UBA es miembro de la Comisión Directiva de la Maestría en Estudios Interdisciplinarios de la Subjetividad.

La indignidad del Estado terrorista argentino*

I. Introducción

Este trabajo se orienta a dar cuenta, del fundamento pulsional del terrorismo de Estado. Aborda específicamente el ejemplo argentino, pero no deja de tener en cuenta otras experiencias genocidas como la nazi fascista, la guerra española, el genocidio armenio, las intrusiones neocoloniales imperialistas; como así también el estado terrorista soviético, y el de aquellos procesos que abrevaron en él.

El régimen nazi, intentó taponar la hiancia estructural en toda sociedad, con el simulacro de un supuesto “ser ario” y la concepción biopolítica de eliminar los virus y bacterias que pudieran corromper la pureza de semejante “ser”.

Tomando justamente como referencia el texto de Marx sobre la plusvalía (Marx y Engels, 1973), voy a comenzar a desarrollar el fundamento pulsional del terrorismo de Estado.

Se trata de una aseveración que Marx presenta en el capítulo VII del texto citado, y que dice así: “nuestro capitalista lo previó, y es eso lo que le provoca risa”.

Lo elegí, porque sintetiza acabadamente el núcleo de lo que desarrollaré.

Tomo la emergencia de la risa del capitalista, en el preciso momento de la apropiación de la plusvalía, como la expresión de una satisfacción particular, que en su momento Lacan designó como plus de gozar. “Lo previó”, da cuenta de la subjetividad de tal o cual capitalista, de un deseo y cálculo de goce anticipado a la lógica económica de las fuerzas productivas.

La risa sanciona la realización de ese deseo, y la satisfacción alcanzada de quedarse con algo de otro.

Por lo tanto no es sólo la satisfacción por el producto económico que va a su bolsillo, sino además, por el acto extractor mismo, dando cuenta de la economía libidinal en juego. “Lo previó” es la causa de goce en el inicio de la operación como tal. Esta referencia me permitió en su momento publicar un trabajo denominado “La sonrisa de Videla” (Delgado, 2011a).

Se trató de la sonrisa del genocida, cuando formuló que los desaparecidos no estaban ni vivos, ni muertos, eran una entelequia, estaban desaparecidos. Describí a esa sonrisa como la emergencia de un goce oscuro, para fundamentar que el golpe de 1976 no sólo tuvo razones económicas, políticas y militares, sino también pulsionales.

La “gavilla de asesinos” que anida en la humanidad es no erradicable, sólo está a la espera, o mejor dicho, crea las condiciones sociales para expresarse, de acuerdo a la lectura de Freud.

Infinidad de testimonios dan cuenta de prácticas de torturas, que no tenían fundamento militar-operacional. Recordemos que los nazis distraían esfuerzos militares del frente de batalla para dedicarlos a asesinar. Incluso, que asesinaban a aquellos que les hubieran servido muy útilmente como mano de obra esclava.

Lacan denominó a estas prácticas “ofrenda de sacrificio a los dioses oscuros”.

En contrapunto con mi escrito citado, publiqué en el mismo texto “Lo no negociable” (Delgado, 2011b), para dar cuenta de cómo las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo se constituyeron en el paradigma ético de nuestra sociedad.

El nombre de “locas” que se les asignó, viene a dar cuenta del lugar de excepción en la cultura.

* El presente trabajo formará parte del libro *Consecuencias subjetivas del terrorismo de Estado*, a ser editado por Grama en 2014 (Autores varios).

Nombrarse a sí mismas “madres” y “abuelas”, implica dar existencia a lo que se buscó hacer desaparecer, fue afirmar que ese objetivo era imposible de realizarse. A los desaparecidos se les dio así existencia para siempre. Es un modo de duelo muy particular, quizás único.

Es un modo de duelo que borró para siempre la sonrisa de los criminales (desarrollaré al final cómo pudo ser posible).

II. “La reorganización nacional”

“Proceso de reorganización nacional” llamó la dictadura cívico-militar a lo que desencadenó el 24 de marzo de 1976.

El excelente texto del Doctor en Sociología Daniel Feierstein denominado “El genocidio como práctica social”, va a dar cuenta de lo que él denomina “hacia un análisis del aniquilamiento como reorganizador de las relaciones sociales” (Feierstein, 2011).

La lectura de Feierstein va a implicar “observar el genocidio como un modo de destrucción y reorganización de relaciones sociales, y la de trazar una secuencia comparativa entre el genocidio nazi y el genocidio antes y durante la última dictadura militar argentina...” (Feierstein, 2011: 14).

Citando a Kiernan, el autor va a ubicar la necesaria construcción del enemigo, bajo las formas étnicas, religiosas, ideológicas, nacionales u otras.

Efectivamente, el tratamiento de lo diferente, como hostil, es la clave de tamaña operación, que a su vez da lugar al modo especular de tratamiento del otro. En nuestro caso: de un lado occidental y cristiano, del otro, judío-bolchevique.

Para Feierstein, “el objetivo de plantear a las prácticas sociales genocidas como una tecnología del poder y al aniquilamiento como un modo de destrucción y reorganización de relaciones sociales, en las sociedades contemporáneas, constituye un intento de dar cuenta de dicho desafío” (Feierstein, 2011:28).

Desde la perspectiva psicoanalítica lacaniana, el desencadenamiento del discurso capitalista, va a implicar que esa “tecnología de poder” implique la irrupción del imperativo superyoico (sin deuda y sin culpa) como una orden inquebrantable de goce. Esa presencia masiva del superyó, que da cuenta de la conjunción intrínseca del imperativo categórico de Kant con la operación sadéana, da cuenta tanto de un modo de goce oscuro como de un intento de desmentir la castración estructural.

Por eso todas las modalidades de atribuir un ser a un colectivo social, obtura el hecho de que, en términos de supuestas identidades, hay un agujero, una hiancia estructural.

La historia de la humanidad enseña que, cada vez que se creyó en que había un ser, sea por religión, por supuesta raza (que no la hay), por tradición, por ideología, la consecuencia fue trágica.

Los seres humanos, tanto en forma individual como colectiva, no aceptan, rechazan sus propios aspectos oscuros, sus partes malditas, como las llamaba Bataille.

¿Cómo se defienden de esto? Pues, se lo atribuyen a otro u otros.

El odio hacia sus aspectos oscuros lo desplazan hacia el exterior.

Además, como el otro, siempre tiene un modo de satisfacción diferente al propio, esa extranjería es tomada como hostil.

Tomar lo diferente, lo extranjero, “lo que no es como uno”, como enemigo, es el fundamento de la segregación en todas sus formas.

Atacar a lo extranjero, odiando lo oscuro propio, desplazado a otro, u otros, le permite a las personas creer tener una imagen unificada y bella de sí misma.

Muy lucidamente Zizek ha denominado a esta operación “violencia del Ello”. Se trata de lo que voy a llamar “guerras fantasmáticas”.

Jorge Luis Borges, en su cuento “Deutsches Requiem” lo dice así: “Ignoro si Jerusalem comprendió que si yo lo destruí, fue para destruir mi piedad. Ante mis ojos, no era un hombre, ni siquiera un judío; se había transformado en el símbolo de una detestada zona de mi alma. Yo agonice con él, yo morí con él, yo de algún modo me he perdido con él; por eso, fui implacable” (Borges, 2011: 252).

J. A. Miller va a dar cuenta de esta operación efecto del tratamiento de lo éxtimo por parte del propio sujeto. Lo éxtimo da cuenta de lo más íntimo (lo más propio) y al mismo tiempo se presenta como lo más exterior, lo más extraño, remitiendo al fundamento del modo del goce del sujeto: “si el problema tiene aspecto de insoluble, es porque el Otro, es Otro dentro de mí mismo. La raíz del racismo, desde esta perspectiva, es el odio al propio goce. No hay otro más que ese. Si el Otro está en mi interior en posición de extimidad, es también mi propio odio” (Miller, 2010: 55).

Es cierto que Freud, pese a despejar la cuestión de que no era la propiedad privada la causa de la agresión, va a considerar que las sociedades basadas en la explotación de sus mayorías no iban a sostenerse por largo tiempo, ni se lo merecían.

Pero... pero... parece que advertidas de la satisfacción masoquista del fantasma “pegan a un niño”, logran no sólo sostenerse, sino que también producen que aquellos que son explotados, resuelvan la crisis de su propia voracidad.

El llamado “hundimiento de la ficción simbólica moderna”, “el declive del programa institucional”, revela que en su núcleo habitaba “la vocación gozante del Superyó”.

Pero no solamente. También, como lo formula Zizek, la violencia del Ello en la segregación contemporánea.

Esta violencia del Ello, propia de la segunda modernidad (a la que los lacanianos llamamos “decadencia de la imago paterna”), en donde los semblantes se van desdibujando y, en los términos de Roberto Espósito, se asiste a una superposición más inmediata entre Bios y Política.

Se forman desde el poder grupos de “vecinos” (entre comillas) en Italia, para perseguir a los inmigrantes; se desnuda y se castiga a campesinos en Santa Cruz, Bolivia.

Se trata de los argumentos inmunitarios, como se expresaron los pensadores nazis, al servicio de una pasión de lo real según la fórmula de Alain Badiu.

No se trata, desde el pensamiento de Alemán en el libro “Para una izquierda lacaniana” (Alemán, 2013), de considerar la perspectiva de izquierda como “alma bella” o al denunciante de la “ley del corazón”, “el ejercicio infatuado”, el ejercicio del rebelde que quiere hacer valer en su acción, sólo una imagen de sí. Esta posición ha llevado y llevará a la promoción del héroe sacrificado

La tragedia que nos viene de Grecia, el sacrificio del hijo, aquello que no sucede en la obra de Pirandello “Seis personajes en busca de un autor”, tal como lo lee François Regnault.

No hay tragedia porque el hijo le dice “no” al sacrificio.

Ese “no”, sólo es posible cuando el hiato entre acontecimiento político y estructura política se sostiene.

El éxito momentáneo del neoliberalismo en esta época del capitalismo tardío, se sostiene en el sacrificio de los llamados improductivos para conservar y aumentar el plus de goce. Ese sacrificio se expresa en “nuevos campos de concentración”.

El imperativo de goce de la ley de mercado como dios oscuro, se presenta como correlativo de la inexistencia del Otro, de la era de la globalización.

Más velado, pero más eficaz que el amo fascista. Bajo la barra, en el lugar de la verdad, con el semblante de democracia liberal.

Lento exterminio del ciudadano y rechazo del sujeto.

Los “procesos de reorganización nacional” que implicaron tanto la *Shoá* como la dictadura argentina, fueron la articulación de un simbólico e imaginario al servicio de

un goce oscuro, tanto en la operación genocida, como en la sociedad que buscaba instalar.

La pretendida sociedad occidental y cristiana, que se pretendía, liquidaba el Estado y todas sus instituciones, para garantizar el goce de una minoría respecto a una mayoría que se necesitaba aterrada.

Aterrada para explotarla, y para gozar de ese terror, los denominados grupos de tareas, los torturadores y los apropiadores de niños, mostraron sin velos la pasión del mal.

III. La masa, lo homogéneo y lo heterogéneo.

En dos escritos míos llamados “Lo que cae fuera de la serie” y “La actualidad de Freud y Bataille” (Delgado, 2005), realizo una elaboración del texto de Freud “Psicología de las masas y análisis del yo”. En el segundo de ellos, me sirvo además del desarrollo de G. Bataille en “El Estado y el problema del fascismo”. Voy a servirme de una síntesis sumaria de ambos trabajos, como continuidad del punto anterior, tomando sólo lo necesario a nuestro fin.

Para Freud, el sentimiento de omnipotencia de la masa, hace que el concepto de imposible desaparezca. Los individuos en la masa no tienen dudas ni incertezas.

Cuando se disuelve la masa, surge el pánico, y no existe ningún miramiento por el otro. El Ideal del Yo, es un velo del padre de la horda primordial, o sea que lo supone, pero al mismo tiempo lo que fascina es un objeto parcial.

Una masa puede formarse sin líder, con una idea negativa, por ejemplo el odio.

Esto anticipa lo que formula Lacan, de que en nuestra actualidad, puedan producirse segregaciones y racismo, sin la necesidad de un argumento ideológico.

El gráfico que realiza Freud, revela que en toda masa, se sigue sosteniendo la relación de los sujetos con su objeto. Lacan lo llamó objeto petit a.

El fundamento de la formación de la masa se articula a la mirada hipnotizante, como a la voz, como restos de los enunciados.

El líder es un semblante que vela la hiancia estructural. Las dos únicas cuestiones que horadan la masa, son el síntoma y el amor a una mujer que advenga como causa.

Concluyo esta apretada síntesis reproduciendo el último párrafo: “en relación con la actualidad, ubico a la globalización en correspondencia con las nuevas modalidades del totalitarismo.

La primera, en términos freudianos, se expresa en el pánico angustioso y sus efectos de criminalidad y violencia a partir de la caída de los significantes ideales que soportaban a los colectivos modernos. Lo segundo, el totalitarismo, se expresa en la concentración feroz del poder, al servicio de una idea negativa en su versión sacrificial de dios oscuro” (Delgado, 2005: 225-226).

El texto de Bataille, de 1933, intenta dar cuenta del fascismo italiano y el nazismo alemán, tomando como referencia el citado texto de Freud.

La homogeneidad social (las ciencias y las técnicas) excluye lo inútil produciéndose como heterogéneo.

Dentro de lo heterogéneo (además de la violencia, la desmesura y la locura) hay una división interna: lo puro y lo impuro. Los líderes como Mussolini y Hitler son lo heterogéneo puro, las clases sociales bajas, lo impuro.

La forma homogénea, porta una necesidad primaria del imperativo moral que anida en lo heterogéneo puro, de este modo accede a la existencia para sí.

Para Bataille, luminosamente, lo que resta como heterogéneo impuro radical es el inconsciente freudiano en correspondencia con los deshechos de la conjunción homogéneo-heterogéneo puro.

IV. El terror y la satisfacción

Si no se dispone del concepto de pulsión de muerte, considero que el análisis de la práctica del terror como la aplicada por los junta militar, se desorienta y se entra en profundas contradicciones.

Del mismo modo que cuando se analizan comportamientos sociales y se deja de lado el concepto de inconsciente.

Al igual que otros estudiosos a los que también respeto, Pilar Calveiro se va a preguntar si los seres humanos son potencialmente asesinos, controlados y neutralizados por el Estado.

La respuesta que brinda, al igual que muchos otros, es que la maquinaria burocratizante, rutinizante, naturaliza la muerte. El efecto de esa maquinaria con sus grupos y especializaciones de tareas, lleva a que el torturado y/o asesinado pase a ser un dato burocrático.

No adscribo a esa posición, considero más bien, como lo entendía Freud, que el mandamiento “no matarás” ha sido necesario en la cultura, porque las pasiones oscuras están a la espera de condiciones sociales propicias para exteriorizarse.

La cultura no resuelve esas pasiones. La Alemania de la que surge el nazismo, era la sociedad más culta del mundo.

Incluso Freud, va a formular que forzar a los individuos a ser mejores que lo que su naturaleza le permite, lleva a lo peor.

Ninguna educación, formación solidaria eliminará la pulsión de muerte. Es más, todo forzamiento en ese sentido sólo albergará el imperativo categórico kantiano y llevará a lo peor.

Es mi punto de vista, que de lo que se trata es de crear las condiciones sociales que inhiban, que no posibiliten que se realicen en el mundo las pasiones oscuras bajo el modo de la crueldad, la tortura, el asesinato.

Una sociedad más justa, democrática, con pleno desarrollo de las funciones del Estado, garantizando salud, educación, vivienda, trabajo; permitiendo construcción de proyectos individuales y colectivos, permite la sintomatización de los modos de satisfacción pulsional.

Una sociedad dictatorial, donde no se garanticen los derechos ciudadanos, donde se promueva como ideales las figuras del cínico y el canalla, capturada en la ley de hierro que impone la relación de la ley del mercado con el desarrollo científico-tecnológico, no da lugar a la sintomatización sino que promueve las prácticas directas de goce, sin la operatividad de los recursos simbólicos e imaginarios, para vérselas con lo real pulsional.

La lectura de los testimonios de sobrevivientes de los diversos procesos genocidas, no da lugar a dudas sobre la satisfacción “sádica” que se ponía en juego en cada uno de los represores. La obediencia debida, el argumento militar de recabar información (argumento nefasto por cierto), la burocratización, etc., no eliminan la responsabilidad y culpabilidad por la satisfacción que las prácticas represivas producían.

¿Los represores eran todos asesinos?, ¿todos perversos? No, bajo ningún punto de vista. Que entre ellos había psicóticos y perversos, no hay ninguna duda. Pero en absoluto los psicóticos y los perversos en su gran mayoría se dedican a asesinar.

El horror, lo que cuesta aceptar, es que en su inmensa mayoría eran personas que, si las condiciones hubieran sido otras, hubieran tenido una vida más o menos común, sin nada que llamase especialmente la atención de sus congéneres.

Sus rasgos singulares habrían tenido un destino más doméstico.

Esta lectura que realizo, puede presentarse pesimista para algunos. Pero no lo es. Es una lectura advertida, cauta.

Decir que las condiciones sociales, permitieron la realización en el mundo de las pasiones oscuras, no desresponsabiliza a nadie. Todo lo contrario. No hay justificación

posible. Se es responsable por los actos. Ha habido quienes dijeron que no, ha habido “justos de las naciones”.

Juicio y condena, le dice que no al goce de la impunidad asesina, y le dice que no al goce de la venganza, como ya lo he dicho en otra ocasión.

Pilar Calveiro en su texto “Poder y desaparición” dice: “la fragmentación del trabajo suspende la responsabilidad moral, aunque en los hechos siempre existen posibilidades de elección, aunque sean mínimas”² (Calveiro, 2008).

Esas “posibilidades mínimas” dan cuenta de que la posición del sujeto no es eliminable, que hay una decisión, una satisfacción y una responsabilidad. En esa “posibilidad mínima” anida la dimensión de la elección.

Calveiro relata de un represor que se dedica a “chupar”, pero no a torturar porque “no lo sentía”.

¿Qué burocratización explica, el otorgarse el lugar de sostener o quitar la vida? ¿Qué rutinización explica las violaciones? ¿Qué maquinaria explica el robo de bebés?

El teniente coronel Hugo Illdebrando Pascarelli, lo dice claramente en el texto citado por Walsh en su “Carta abierta”: “la lucha que libramos no reconoce límites morales ni naturales, se realiza más allá del bien y del mal” (Walsh, 2012: 20).

El excelente texto de Pilar Calveiro “Violencias del Estado”, en el capítulo 5 llamado “El tratamiento de los cuerpos” (Calveiro, 2012), y el libro de Eduardo Luis Duhalde “El Estado terrorista argentino” (Duhalde, 2013) en el capítulo “La metodología criminal del Estado terrorista”, libro también de una seriedad y rigurosidad destacados; nos aportan elementos contundentes, para la fundamentación de la dimensión pulsional en la práctica represiva.

Una primera cuestión que quiero rescatar del texto de Duhalde, es la afirmación de que elegir “hacer desaparecer” en vez de juicios y fusilamientos públicos, le permitía al episcopado y a los obispos apoyar el proceso.

Esto, mucho más que complicidad, es un pacto siniestro.

Por otra parte, los modos de connotación sexual de la tortura a hombres y mujeres, bajo toda forma de abuso y violación, son descriptas por el autor claramente como “especial morbosidad”. Los relatos que realiza Calveiro, en el texto citado, se encuentran en total correspondencia.

En las páginas 146 y 147, la autora transcribe dos relatos de prisioneros, uno en Guantánamo y otro en Marruecos, ambos a cargo de estadounidenses, de prácticas salvajes sin “motivo operacional”, en los genitales.

El texto de Duhalde en su página 352 va a decir: “incluso la psicología moderna ha aportado sus experiencias condicionantes para convertir a un ‘buen ciudadano común’ en un experto torturador, sin necesidad de apelar a sádicos locos y criminales natos.

Vietnam también mostró la eficiencia de este aporte. Los estudios como los realizados en la Universidad de Yale por Stanley Milgram sobre sumisión y obediencia a la autoridad, son altamente demostrativos de este tipo de contribuciones”.

Es efectivamente así, efectivamente es posible.

No podemos idealizar al género humano, tampoco estigmatizarlo. Pero no debemos rechazar estas palabras de Duhalde, hacerlo es suicida, sacrificial, sería realizar un fantasma masoquista.

Por otra parte, Freud se va a referir en varias oportunidades al concepto de desmezcla pulsional.

A la altura de “Inhibición, síntoma y angustia” se va a referir a ella bajo uno de los modos de defensa, al que denomina regresión.

Describe este proceso, especialmente en las neurosis obsesivas.

² El subrayado es mío.

Debemos recordar además, que la nominación imaginaria propia de la armadura del Yo como síntoma mayor, permite en las neurosis obsesivas un desplazamiento de la hostilidad hacia el objeto exterior.

Esta modalidad puede alcanzar la destrucción del otro, atravesando, yendo más allá de la tensión agresiva del narcisismo de las pequeñas diferencias.

Esa regresión alcanza el fundamento mismo del vínculo primario entre los hombres, esto es el odio.

¿Cómo es esto posible? Sabemos que hay lo que Lacan llama “perversiones transitorias”, y que no se necesita ser perverso para realizar actos perversos.

Un neurótico puede realizar perfectamente actos perversos, si está seguro de no pagar un precio por ello. Su cobardía esencial lo lleva a desplegar todos sus fantasmas sádicos y por identificación con la víctima sus fantasmas masoquistas, cuando se encuentra a resguardo de sanción por sus actos, o que incluso puede ser un modo de “hacer carrera” (el cálculo obsesivo puede llegar a esos extremos).

Lacan en el “Seminario 16” (Lacan, 2008) se va a referir a las cruzadas donde los caballeros encontraban la perversión que iban a buscar arrasando con todo. Además advierte que hay que estar atentos ante otras cruzadas actuales.

Si en todos los testimonios de los sobrevivientes de los campos de concentración, encontramos el relato de los fantasmas perversos que proferían y realizaban los torturadores, con una fijeza inaudita, y una repetición al mejor modo del Marqués de Sade, hallamos lo propio de la apuesta perversa.

Sostengo que en las llamadas “perversiones transitorias”, en los actos perversos de tantos neuróticos represores, se ponía en juego asumir la posición de ser un instrumento del Otro para buscar completarlo.

“El (sádico) también intenta, pero de manera intensa, completar al Otro quitándole la palabra e imponiéndole su voz, pero en general falla. Baste en este sentido referirse a la obra de Sade, donde es verdaderamente imposible eliminar de la palabra, de la discusión, del debate, la dimensión de la voz” (Lacan, 2008: 235).

Desde la posición sádica la voz viene al lugar de completar al Otro, produciendo en la víctima el desgarramiento de angustia. Se trata de volverse un mero instrumento para realizar con ese acto perverso la división angustiante del sujeto. A eso lo llamaban “quebrar”.

Muchos torturadores alcanzaban una satisfacción masoquista por identificación con el torturado. Esto es posible porque la estructura era neurótica. En una perversión como estructura esta identificación no es posible.

Se pone en juego una modalidad excepcional de lo que Lacan formula en el “Seminario 17” (Lacan, 1992), en tanto el sujeto recibe su propio goce en forma invertida desde el lugar del Otro bajo la modalidad del tercer tiempo del fantasma “pegan a un niño” (el padre golpea al niño odiado por mí), tiempo que aparenta ser sádico, pero donde la identificación hace posible el goce masoquista.

“Claramente el sádico no es más que el instrumento del suplemento dado al Otro, pero que en este caso el Otro no quiere. No quiere, pero obedece de todos modos” (Lacan, 2008: 236).

Estas “perversiones transitorias”, pueden producirse a partir de un rasgo de perversión o no.

Sabemos que en las psicosis, el rasgo de perversión constituye un modo de estabilización, y en la neurosis da cuenta de un modo de satisfacción que no se articula como síntoma y requiere del acto.

El acto, refiere a lo que denominamos “pasaje al acto”, instante de ver, momento de concluir fallido, ya que se sostiene en la exclusión, en la no operatividad del tiempo para comprender. Esto permite que el deseo advenga como voluntad de goce. En el

texto “¿A quién mata el asesino?” (Tendlarz y García, 2008), los autores formulan que “la característica del pasaje al acto en la perversión, a diferencia de la psicosis, involucra la puesta en juego de un fantasma en la escena, por lo que la elección de las víctimas obedece y responde a una condición erótica particular...”. “El neurótico es un criminal inconsciente, dice Freud; no obstante, el crimen fantaseado puede volverse real bajo determinadas circunstancias” (Tendlarz y García, 2008: 23).

Lacan, en su “Seminario 16”, nos habla al referirse al sadismo, de la práctica de la tortura.

En los tiempos actuales es algo que, como hemos visto, requiere cierto entrenamiento especializado, para realizar ese acto donde se invoca que se lo hace por la patria o por algún otro supuesto ideal. La tortura pone en juego la dimensión de la confesión, de un modo particular... “quienes la practican (cualesquiera que sean las razones que tengan para ello) lo hacen porque su goce está implicado en el asunto” (Tendlarz y García, 2008: 156).

Jacques Alain Miller en su curso “Piezas sueltas” (Miller, 2013) nos va a exponer con claridad que Lacan “siguiendo el paso de mayo de 1968, cuando había puesto en tela de juicio precisamente la vertiente explotación social del asunto, construyó ese plus de gozar como el análogo de lo que en Marx es la plusvalía. No lo esconde, lo dice con claridad: el plus de goce está construido del mismo modo que la plusvalía” (Miller, 2013: 106).

Hasta tal punto que “si decimos que la plusvalía es plus de gozar, el plus de gozar es plusvalía” (Miller, 2013: 107).

La obtención tanto de la plusvalía, como del plus de goce, hizo necesaria la dimensión del terror de la dictadura cívico militar, apoyada decididamente por Estados Unidos, a partir de lo que formula Lacan en su “Seminario 18” (Lacan, 2009), esto es, que el progreso capitalista se sostiene en el subdesarrollo de los países periféricos del tercer mundo.

Pero más allá de lo que las categorías marxistas pueden explicar, “la captura monstruosa ante la ofrenda de un objeto de sacrificio a los dioses oscuros” (Lacan, 1986), requiere desmontar las condiciones pulsionales, ya que como el mismo Lacan dice, que muy pocos pueden no sucumbir a ser protagonistas o cómplices de esos crímenes que no entran en el código penal ordinario.

Jacques Alain Miller se va a referir a los crímenes de lo real, que serían los de “los crímenes *serial killer*, que culminan en el crimen nazi” (Miller, 2013: 153).

Más aun cuando citando a P. Sollers, afirma que esos “crímenes en cuestión no eran útiles para quienes los cometían: los nazis lo hicieron más bien en detrimento propio” (Miller, 2013: 154), desde el punto de vista económico, político y militar.

En Argentina, no es sólo la sonrisa de Videla al referirse a los desaparecidos, lo que testimonia el goce oscuro, sino también el primer discurso como Ministro de Economía de Martínez de Hoz, donde profiere algo que no es un tecnicismo económico, ni una propuesta macroeconómica, sino la frase “piedra libre para los empresarios”.

Aquí se vuelve muy clara la expresión de Lacan, en toda dimensión ética: “pienso que hay que negar el discurso psicoanalítico a los canallas; seguramente era eso lo que Freud disfrazaba con un criterio de cultura” (Lacan, 2012: 569).

La “piedra libre” se garantizó con el terror, con 30 mil desaparecidos, con 500 bebés secuestrados, con la destrucción del aparato productivo, con la pérdida de derechos ciudadanos.

Fue así: ¡Sonriamos, piedra libre al goce!

V. El mal

El genocida Videla, se refiere a un error táctico que cometieron los militares: “el uso excesivo que hicimos del término ‘desaparecidos’; al principio nos resultó cómodo, porque encubría otras realidades y dejaba el problema como en una nebulosa. Pero tendríamos que haber dejado en claro rápidamente lo que sucede en toda guerra: que hay muertos, heridos y desaparecidos. Desaparecidos que están muertos, pero cuyos restos no se sabe dónde están. No lo hicimos, y ahora eso favorece la manipulación de las cifras de desaparecidos” (Reato: 2012: 205-206).

Sabemos perfectamente que no fue un uso abusivo, sino que se buscó producir la figura del desaparecido, del sin lugar, que eso tuvo razones tácticas, estratégicas y de psicología del terror para el conjunto de la sociedad. Aumentar el horror, para producir el desgarramiento de angustia y desesperación de los familiares, con una versión más horrenda que la muerte misma.

La frase expresa claramente la ética sadeana, de estar bien en el mal.

Pero desde otra perspectiva, en verdad fue un error estratégico.

¿Por qué?

Ante la pérdida de un ser querido se puede hacer un duelo, como nos enseña Freud, tanto normal como patológico. El patológico implica un proceso de melancolización por la dimensión regresiva que se pone en juego, y la inclemencia del autorreproche inconsciente.

Pero ante la pérdida de un ser querido, también perdemos el lugar de falta que representamos para él. Ante la pérdida, por muerte, por abandono, no sólo está en juego la dimensión del objeto *a* en el lugar del querido (persona, patria, ideal, etc.) sino también (y esto es crucial en este punto), dejar de ocupar una falta para ese Otro.

Si el otro está desaparecido, ni vivo ni muerto, es imposible dejar de ocupar un lugar de falta para ese Otro. Más bien se produce todo lo contrario. Se encarna mucho más ese lugar. Madres, abuelas, familiares, compañeros, hacen de su vida encarnar ese lugar de ser una falta en el Otro. Por eso, no se produce pesadumbre, melancolización, sino un deseo potente de seguir encarnando ese lugar. Esa fue la respuesta, y que continúa, al piedra libre de la fiesta sadeana a la que llamaron los golpistas.

Sabemos a partir de Lacan, de la conjunción de Kant con Sade, de tal modo que podemos leer en el testimonio de Eichmann en Jerusalén, la particular interpretación del imperativo categórico kantiano, a pesar de confesar que era un gran lector de la Crítica de la razón práctica.

Según lo que nos transmitió Hanna Arendt, Eichmann había actuado de acuerdo al imperativo categórico.

Pero en este punto hay dos cuestiones a despejar, una la que desliza Jorge Alemán cuando dice que Eichmann reformuló en forma siniestra el imperativo: “actúa de tal manera que si el Führer te viera, le gustase lo que haces” (Alemán y Miller, 2000: 19). Todo hace pensar que para él, el Führer seguía viviendo después de muerto, ya que asesina a cientos de judíos después de la rendición de Alemania y el suicidio de Hitler. Pero efectivamente Kant, en su Crítica de la razón práctica, da cuenta del “desprecio total por el amor. Es la forclusión de todo deseo, de toda moralidad que pueda partir del amor”, según la expresión de Jacques-Alain Miller (Alemán y Miller, 2000: 28).

Esta singular conjunción de Kant con Sade en el pensamiento nazi dio cuenta del ejercicio del biopoder, bajo la fórmula: “si quieres vivir, es preciso que el otro muera”, pero no de una manera individual, sino al modo en que Feierstein lee el Proceso de Reorganización Nacional.

Tal como lo formula Foucault, criticando el racismo: “cuanto más tiendan a desaparecer las especies inferiores, mayor cantidad de individuos anormales serán eliminados, menos degenerados habrá con respecto a la especie y yo, no como individuo sino como

especie, más viviré, más fuerte y vigoroso seré y más podré proliferar” (Foucault, 2010: 231).

Judíos, bolcheviques, izquierdistas, artistas, intelectuales, todos deberán desaparecer.

Todos eran anormales, respecto a la normalidad occidental y cristiana.

¿Pero cómo es esto posible, cómo se puede llevar a cabo?

No son sólo frases, se realiza en el mundo.

Cuando Freud se ocupa del amor al prójimo, va a dar cuenta de que en ese mandamiento imposible se levanta horrorizada la maldad fundamental que habita en el prójimo y en el sujeto mismo. Ese goce oscuro en el otro y que habita en el sujeto mismo, como muy tempranamente Lacan lo aborda en el Seminario “La ética del psicoanálisis”, recordando esa frase crucial de Freud en el “Malestar en la cultura”: “El hombre intenta satisfacer su necesidad de agresión a expensas de su prójimo, de explotar su trabajo sin compensación, de utilizarlo sexualmente sin su consentimiento, de apropiarse de sus bienes, de humillarlo, de inflingirle sufrimientos, de martirizarlo y matarlo” (Freud, 1979: 107).

Como ya he dicho, esto no es eliminable, y da el acento justo al llamado por Kant “mal radical”, pero una sociedad más justa permite que esto se desplace, se metaforice, se sintomatice.

Es cierto que estos modos sublimados o sintomatizados, no producen la elevada satisfacción que da un goce en lo que Lacan llamaba, su estado primero.

Estas metaforizaciones, dejan o más bien producen un resto de malestar inmodificable, que es necesario soportar. Buscar eliminarlo, conduce a lo peor.

Porque puede suceder lo que Juan Gelman manifestó en un reportaje en junio de 2013, respecto a que hoy en día en nombre del bien, “nos quieren mutilar la humanidad y lo consiguen en buena medida”.

Cuando me refiero a una sociedad más justa y democrática, no alerto sólo respecto a las manifestaciones clásicamente totalitaristas, sino también a lo que Lacan formula con todas letras en el “Seminario 7”: “La seguridad del goce de los ricos en la época que vivimos está sumamente incrementada por lo que llamaría la legislación universal del trabajo” (Lacan, 1988: 242).

Podemos encontrar un desarrollo riguroso de esta misma perspectiva, en el texto de Jacques Rancière “El odio a la democracia” (Ranciere, 2006).

La referencia de ese odio, como he dicho, también es el mal radical, desarrollado por Kant, en “La religión dentro de los límites de la mera razón” (Kant, 1995), donde el filósofo da cuenta de la propensión del ser humano a adoptar máximas malas, de tres modos distintos: por la fragilidad de la naturaleza humana; segundo, por mezclar motivos morales e inmorales, y tercero por la “propensión a la adopción de máximas malas, esto es: la malignidad de la naturaleza humana o del corazón humano” (Kant, 1995: 38).

Es necesario rescatar aquí el segundo de ellos, ya que esa mezcla habla de cuando se adoptan máximas no por el deber moral, sino por búsqueda de honores, compasión, amor a sí mismo, incluso sentimientos tiernos. Debe ser sin contaminación del deseo, del amor. Según esta fórmula, una máxima mala adoptada lo es cuando el sujeto no es unívoco, sino dividido.

El mal que surge del mal moral, es injusto, ya que es anterior a la realidad sensible y a la acción.

Marita Salgado en un bello artículo, se va a referir a la cuestión diciendo con Kant: “el mal es radical pues corrompe el fundamento de todas las máximas, no se lo puede exterminar por fuerzas humanas. Sin embargo es posible prevalecer sobre esta propensión pues ella se encuentra en el hombre como ser que obra libremente” (Salgado, 2012: 35).

Es por este motivo que muy lucidamente Hanna Arendt puede decir que en el Tercer Reich, el mal había perdido esa cualidad por la que más se la reconoce.: la cualidad de ser una tentación.

Quizás por eso Kant habla de las disposiciones buenas y malas, ya que nunca habla de una propensión (*hang*) al bien, sino solamente de una propensión al mal.

Pero en la medida que la máxima kantiana, vale para todos, por fuera de todo pathos, el mal va a radicar en el soberano bien mismo.

VI. Epílogo

El error “estratégico” que cometieron los militares argentinos, a causa de su desmesura de goce que producía desaparecidos, los llevó a la búsqueda de una salida desesperada, una coartada fallida, una operación de contrabando, un pasaje al acto, que se llamó “Guerra de Malvinas”.

Si la escena de la tortura, implica querer apropiarse del último de los significantes, y dejarle a la víctima sólo un grito, un registro sonoro, la voz de la división de la angustia; el torturador como objeto la realiza en nombre de algo. Puede ser la patria, la moral, la familia cristiana; pero en el acto, ese Otro, más allá del nombre circunstancial, es una voluntad de goce absoluta.

Se trata de que en el decir no haya un resto, como si fuera posible alcanzar el imposible de decir.

“La naturaleza, en Sade, exige el crimen, porque tiene necesidad de cuerpos muertos para poder reproducir nuevos cuerpos: la ley, es que es preciso destruir, para poder crear” (André, 1995: 22). No hay otro mal radical que éste, no hay otro “Proceso de Reorganización Nacional” más, que esta operación de goce.

Por eso la guerra de Malvinas, fue un pasaje al acto, la fiesta macabra final. ¿Fue un error político, militar? ¿Una táctica fascista de construir el enemigo exterior, en el momento de mayor conflicto interno, apelando al ser nacional? ¿Prometiéndolo reintegrar lo que nos habían arrebatado? ¿La parte de nuestro cuerpo patrio robada, y mancillada había que restituirla? Ese fue el imaginario de masas, la captura hipnótica a partir de la voz de un alcohólico, dos días después de una furiosa represión.

En verdad, fue el acto malvado final, para ofrecer el cuerpo de tantos jóvenes al sadismo imperial.

Bibliografía

- Alemán, Jorge 2013. *Para una izquierda lacaniana* (Buenos Aires: Grama)
- Alemán, Jorge y Miller, Jacques Alain 2000. *Lakant* (Buenos Aires: Tres haches)
- André, Serge 1995. *La impostura perversa* (Buenos Aires: Paidós)
- Aramburu, Javier 2000. *El deseo del analista* (Buenos Aires: Tres haches)
- Borges, Jorge Luis 2011 (1945). *El Aleph* (Buenos Aires: Sudamericana)
- Calveiro, Pilar 2008. *Poder y desaparición* (Buenos Aires: Colihue)
- Calveiro, Pilar 2012. *Violencia de estado* (Buenos Aires: Siglo XXI)
- Delgado, Osvaldo 2011a. “La sonrisa de Videla”, en Delgado, Osvaldo *Conjeturas psicoanalíticas* (Buenos Aires: JCE)
- Delgado, Osvaldo 2011b “Lo no negociable”, en Delgado, Osvaldo *Conjeturas psicoanalíticas* (Buenos Aires: JCE)
- Delgado, Osvaldo 2005. *La subversión freudiana y sus consecuencias*. (Buenos Aires: JVE)
- Duhalde, Eduardo Luis 2013. *El Estado terrorista argentino*. (Buenos Aires: Colihue)

- Feierstein, Daniel 2011. *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica)
- Foucault, Michel 2010. *Defender la sociedad* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica)
- Freud, Sigmund 1979 (1929). “El malestar en la cultura”. En Freud, Sigmund *Obras completas* (Buenos Aires: Amorrortu) Tomo XXI
- Kant, Immanuel 1995 (1793). *La religión dentro de los límites de la mera razón* (Buenos Aires: Alianza)
- Lacan, Jacques 2012 (1973). “Televisión”, en Lacan, Jacques *Otros escritos* (Buenos Aires: Paidós)
- Lacan, Jacques 1986. *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (Buenos Aires: Paidós)
- Lacan, Jacques 2008. *Seminario 16: De otro al otro* (Buenos Aires: Paidós)
- Lacan, Jacques 1992. *Seminario 17: Reverso del psicoanálisis* (Buenos Aires: Paidós)
- Lacan, Jacques 2009. *Seminario 18: De un discurso que no fuera del semblante* (Buenos Aires: Paidós)
- Lacan, Jacques. *Seminario 22: R.S.I.* Inédito
- Lacan, Jacques 1988. *Seminario 7: La ética del psicoanálisis* (Buenos Aires: Paidós)
- Marx, Karl y Engels, Friedrich 1973. *Obras escogidas* (Buenos Aires: Ciencias del hombre) Tomo 1
- Miller, Jacques Alain 2010. *Extimidad* (Buenos Aires: Paidós)
- Miller, Jacques Alain 2013. *Piezas sueltas* (Buenos Aires: Paidós)
- Negri Antonio y Hardt Michael 2000. *Imperio* (Buenos Aires: Paidós)
- Ranciere, Jacques 2006. *El odio a la democracia* (Buenos Aires: Amorrortu)
- Reato, Ceferino 2012. *Disposición final* (Buenos Aires: Sudamericana)
- Salgado, Marita 2012, en *Revista Dispar* (Buenos Aires) N° 9
- Tendlarz Silvia y García Carlos 2008. *¿A quién mata el asesino?* (Buenos Aires: Grama)
- Walsh, Rodolfo 2012 (1977). *Carta abierta a la Junta Militar.* (Buenos Aires: Colección Memoria en Movimiento)
- Zizek, Slavoj 1992. “Los atolladeros de la resublimación represiva”, en Autores varios *Aspectos del malestar en la cultura* (Buenos Aires: Manantial)
- Zizek, Slavoj 1996. *La voz en la diferencia sexual.* (Buenos Aires: Colección Orientación Lacaniana)